



Núm. 19.

10 de Mayo de 1861.

Año I.

LA RESIGNACION.

Si blanco de su encono
os hace la desgracia,
no desmayéis, y el pecho
abrid á la esperanza.



NTE la desgracia, como ante la muerte, no hay edad, categoría ni privilegio: así hiere su mano la frente de los reyes como el pecho de los mendigos, y así empaña su aliento el brillo de la juventud como deshace la nieve de la vejez.

En la primera edad se camina sobre una alfombra de flores y bajo un cielo tachonado de estrellas; pero llega un día en que la experiencia revela al hombre que las flores tienen espinas y el sol ocaso, la tierra precipicios y el cielo tempestades, la fortuna vaivenes, y la vida, en general, sinsabores.

Si el fallo irrevocable de la suerte, ó la injusticia del hombre, destruye la fortuna ó empaña la honra que el cielo os haya concedido en vuestros padres ó en premio de vuestras vigili-
as, ya en la cátedra, ya en el foro, ya en la cabecera del lecho de un enfermo, ya en el campo de batalla, no dudeis, como desgraciadamente acontece, de la Providencia, ó blasfemeis de su santo nombre; no os arrojeis en brazos de la melancolía ó de la desesperación, porque aquella mina y consume la salud del cuerpo y esta la del alma, sino esperad y creed; pues así como de la sombra surgió la luz, del mal puede surgir el bien, y del mismo modo que desaparece la ventura, desaparece el dolor.

Sócrates decía cuando hablaban desfavorablemente de él: «Si lo que de mí se dice es cierto, me servirá en adelante de correctivo; si no lo es, digan lo que quieran, que de mí no se trata.» Su mujer se lamentaba de que le hubiesen condenado á muerte injustamente. «Por ventura, la respondió, ¿querrias que hubiera sido con justicia?»

No menos elocuente es este ejemplo de resignacion cristiana que hallamos en la biografía de un célebre bibliófilo cuya biblioteca fué devorada por las llamas en un incendio: «De nada me hubieran servido mis libros, dijo á sus amigos, si no me hubiesen enseñado á acatar los designios del cielo.»

Dignas de esculpirse en mármol nos parecen las palabras de un rey que en nuestro anterior artículo hemos citado, de Felipe II, cuando le participaron que la escuadra que habia mandado contra Inglaterra, conocida en la historia con el nombre de la *Invencible*, habia sido destruida por una tempestad: «Cúmplase la voluntad de Dios, exclamó; yo no habia mandado mis naves á combatir con los elementos, sino con los hombres.»

Pero no á todos ha sido concedida esta presencia de ánimo, ni nosotros aconsejaremos á nuestros tiernos lectores que huyan de la desesperacion para caer en la indiferencia, que es la muerte del sentimiento, ó el egoismo, que es la negacion del hombre. Nada mas lejos de nosotros que predicar la insensibilidad; seria exigir á la naturaleza se violentase: lo que á nuestro propósito conviene inculcarles, no tanto por reclamarlo la índole de este periódico como por sentirlo así, es que en la desgracia vean una prueba á que el cielo les somete para probar la fortaleza de su alma, y que si es irreparable la olviden en el seno de la amistad, y si es reparable reconcentren sus fuerzas físicas y morales para hacerla frente. La desesperacion no es virtud, es hipocresía ó debilidad, y el desaliento y la duda, hijas suyas, armas que hieren al que las esgrime. ¡A cuántas almas ha lanzado en el averno! La resignacion abrió á Job las de la vida eterna.

E. HERNANDEZ.

EL LOBO.

En lo profundo de los bosques, donde las rocas se elevan formando escarpadas murallas, donde se estienden las sombras en toda su os-

cura tranquilidad, y el torrente rueda en su lecho sus furiosas olas, allí disputa el lobo al oso el dominio de las selvas. Sale de allí y atraviesa el desierto espacio, coge la res y persigue al incansable ciervo, espía á las liebres y á las zorras y se apodera de las gallinas. Casi arrastrando se desliza por la ladera del bosque para ver si está seguro: entonces se pone en acecho entre los matorrales, observa al cordero que se separa del rebaño, y no aparta sus ojos del pastor. Llega el momento favorable, dá un salto, coge al cordero y huye con él. El perro le persigue ladrando, pero vá muy despacio y el raptor ha huido ya con su presa á la impenetrable cueva de enmedio del bosque: viéndose allí seguro cae sobre su presa y la hace pedazos. Entonces se dirige por otro lado adonde está el rebaño para sorprenderle de nuevo. Apenas le bastan dos ovejas de una vez. Pero cuanto mas fuerte corre mas ligero, evitando á los animales que le siguen de lejos y con frecuencia le ahuyentan, obligándole á comer topos y ranas. Cuando tiene hambre disputa al cuervo los cuerpos de los animales muertos, desentierra cadáveres, devora yerba y tierra y persigue ahullando su presa: entonces ataca á los viajeros y salta sobre ellos con abierta boca. Aguijoneado por la necesidad sale por la noche del bosque, anda acechando la casa de los pastores, coge las gallinas, hace un hoyo bajo el umbral de la puerta y penetra en el establo, donde degüella ovejas y vacas. Sin hacer caso de la proximidad de los pastores ni de las armas de fuego, coge la presa con sus dientes y huye con ella ó sucumbe lanzando gritos de rabia.

En el rigor del invierno los lobos se reúnen en bandadas, el hambre los conduce á los caminos reales, donde persiguen ahullando á los pasajeros, caen rabiosos sobre los fugitivos, y en cuanto han despedazado y devorado su presa, se dispersan por los campos.

Solo el hambre hace atrevido á este maligno animal y le dá un ciego valor. Cuando está satisfecho es cobarde, teme el cuerno del toro y la herradura del caballo; tiembla al oso que con un golpe de su mano le derriba de es-

paldas, huye de los perros que le cogen y degüellan, dejando empero su presa para pasto de otro lobo. Tan astuto es para sorprender su víctima, tan ligero para cogerla, ciego y cruel para devorarla como cobarde y medroso. Un violin le hace temblar y ahullar, y no se atreve á atacar al que le toca: no confía en su fuerza ni en sus dientes, por lo que le sobresalta hasta el menor peligro. Las paredes le son sospechosas y las redes le cierran el paso: prefiere saltar las zarzas y arroyos. Le estremece el sonido de una cadena, y las chispas de un pedernal ó de un grano de pólvora le ponen en huida.

José S. BIEDMA

COSTUMBRES ROMANAS.

LOS GLADIADORES.

Roma, la señora del mundo, la gran ciudad cuyo poder se extendió sobre los de todos los imperios conocidos, debió quizás su grandeza á unas costumbres miradas hoy como bárbaras, pero que enseñando á sus hijos á contemplar con desprecio é indiferencia la muerte, los conducian al combate con la sonrisa en los lábios; le presenciaban con alegría y formaba uno de los principales placeres. Los hombres no hacen mas que lo que ven; el salvaje, aun en sus mayores rasgos de heroismo, dejará traslucir cierto viso de crueldad que no puede menos de causar disgusto; el hombre civilizado sabe adorar sus vicios, de manera que lo mas desagradable aparece cubierto con un manto de púrpura, lo mismo que las víctimas de los antiguos eran conducidas al altar adornadas con guirnaldas de flores.

Las costumbres son sin duda la causa de la grandeza y decadencia de los imperios; en las de Roma encontramos los gérmenes de su poder y de su caída; mientras la pobreza obligó á los romanos á ser sóbrios en sus festines y espectáculos, marcharon hácia el apogeo de su esplendor, en el instante en que embriaga-

dos por las riquezas abusaron de todo, aquellas mismas costumbres que tanto habian contribuido á su elevacion los hundieron en el abismo.

Triste destino del género humano que camina entre el placer y el dolor, encontrando en ambos el correctivo de su dicha y de sus desgracias.

Amargas reflexiones podria sugerirnos el recuerdo de una de las diversiones á que mas aficionados eran los romanos antiguos, diversiones en que se mezclaba el vino con la sangre, el báquico cantar con el ay! de la muerte, el goce de la vida con los dolores de la agonía, y lo supremo de los placeres con lo supremo de las desgracias.

Las luchas de gladiadores fueron introducidas en Roma por Marco y Decio Junio Bruto para celebrar los funerales de su madre en el año 263 antes de J. C. De aquí se siguió el que mientras se quemaba el cadáver de un hombre célebre tuvieran lugar estos combates, que despues se verificaron en el anfiteatro, y aun se ejecutaban durante los convites. La afición del pueblo á esta clase de juegos, pues con tal nombre se los conocia, era tan grande, que todo candidato que deseaba obtener sus votos para conseguir alguna dignidad de la República entre otros espectáculos, daba este á los romanos durante tres ó mas dias. Famosos son los que dió César para obtener el Consulado.

Los gladiadores se llamaban así porque solo peleaban con espada *gladium*; luchaban generalmente uno á uno, obteniendo mayor celebridad el que conseguia mayor número de victorias. Se presentaban desnudos y no siempre mataban á su contrario. El gladiador herido podia dejar las armas y levantar el dedo, lo cual equivalia á darse por vencido.

Sobre la vida de este tambien tenia el pueblo derecho, levantando el dedo si queria se le conservase aquella, ó bajándole en su caso contrario.

Los primeros gladiadores fueron esclavos condenados á muerte. Despues tomaron parte en este juego los prisioneros de guerra, y por

último los libertos y otros hombres que le ejecutaban por oficio. Del emperador Commodo se refiere que peleó como gladiador en diferentes ocasiones, contándose lo mismo del César Marcrino. En los primeros siglos del cristianismo se obligaba con frecuencia á los cristianos á pelear unos contra otros. De los gladiadores se

hizo en mas de una ocasion cohortes de soldados, citándose los casos de Marco Antonio, Vitelio y Sertorio, y en los tiempos del imperio llegaron algunos á obtener las primeras dignidades.

Pero detengámonos en esta época en que el pueblo rey marchaba al servil combate salu-



Combate de gladiadores.

dando á su Señor con las degradantes palabras de César, *morituri tibi salutant*, detengámonos en esta época manchada con los crímenes mas horribles, cubramos con un velo la decadencia de aquella sociedad, que solo pudo regenerar un enjambre de bárbaros, en cuya sangre implantó la doctrina del Crucificado los sentimientos mas puros para dar vida á las modernas sociedades, llamadas á superiores destinos, y lanzadas por un esfuerzo supremo á nuevos y mas gloriosos caminos.

M. Ovilo y OTERO.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

(CONTINUACION.)

II.

Al dia siguiente de la estraña aparicion del niño abandonado, la pobre anciana de la cabaña, á quien Luisa visitaba todos los dias, era todo lo feliz que puede ser una madre cuando estrecha entre sus brazos al ingrato hijo, que ausente muchos años del hogar doméstico, vuelve por fin, á anudar los dulces lazos del maternal cariño.

—Juan, hijo mio,—decía la pobre mujer abrazando á su hijo,—¿es posible que la dicha haya vuelto á mi humilde cabaña?

—Es verdad,—esclamó Juan con triste acento;—¡tantos años ausente!....

—Pero ya no te separarás de mi lado, ¿no es cierto, hijo mio?

—Tal vez mi propia desgracia me obligue á ello.

—Habla, Juan,—esclamó sobresaltada la anciana;—me mata ese misterio con que procuras envolver todas tus palabras.

—Un triste deber.....

—¡Un deber!.... ¿hay alguno mayor en el mundo, para un buen hijo, que sostener el peso de la ancianidad de sus padres?

—No, madre mia; quizás mi ausencia será corta.

—¿Con que piensas abandonarme otra vez? ¡oh, no, hijo mio, no! tú no puedes querer que la pobreza y el dolor aceleren los últimos dias de mi existencia.

—Perdon, madre mia; pero mi conciencia.....

—Tu conciencia te acusaría siempre de haber vuelto á abandonar á tu pobre madre.

—¡Oh eso nunca!

—Veinte años han trascurrido desde que te separaste de mi lado ¿y crees que no es tiempo de volver á consolar á la que hace seis años vive sola..... sola en esta miserable cabaña, sin mas recursos que la caridad de esa noble familia, que me socorren todos los dias con una santa limosna?.... Sí, hijo mio; seis años hace que murió tu anciano padre: enferma y pobre he atravesado este período de mi vida, sin mas abrigo en mi soledad que mi pobreza; sin mas consuelo que el de esa angelical Señorita á quien tanto deseas ya conocer!

—Madre mia,—esclamó Juan dejando caer la cabeza sobre el pecho—¿por qué habré sido tan criminal?

—No, hijo mio—añadió la anciana acariciándole; yo pediré á Dios todos los dias que, si algun estravío de tus pasados años inquieta hoy tu imaginacion, te perdone misericordioso como yo te perdono.

—Sí, madre mia; Dios escuchará vuestro ruego; pero antes tengo que cumplir una sagrada obligacion para poder acallar mi remordimiento.

—¿Qué quieres decir?

—Hace poco mas de un mes—añadió Juan con marcado sentimiento—que dominado por una ciega ambicion y siguiendo las mas severas órdenes de aquel á quien por un horrible crimen me habia unido para siempre.....

—¿Un crimen?....

—¡Sí..... un crimen!

—¡Tú, hijo mio!

—La ambicion ahogó todos mis buenos sentimientos.

—Pero ese crimen.....

—Déjeme Vd. acabar, madre mia.

—¡Dios piadoso!

—Unos dias antes de caer herido mi capitán, sobrino carnal de la Señora Baronesa del Valle, escribí directamente á un cómplice nuestro, por orden de mi amo, para que en el término de un mes hiciese desaparecer para siempre á una inocente criatura, único ser que estorbaba ya nuestros planes de ambicion.

—¡Un infanticidio!

—¿No es cierto, madre mia, que eso es horroroso?

—Pero ese horrible atentado.....

—Mañana espira el plazo concedido á ese hombre para cumplir nuestro bárbaro designio.

—¡Oh!

—¡Tal vez será ya tarde!.... pero no; Dios que ha tocado al fin mi corazon, no habrá querido que se realice nuestro proyecto.

—¡Ah!.... ¡vé pronto!.... ¡pronto! y procura evitar ese asesinato si es que en algo aprecias aun la vida de esta pobre anciana.

Un leve ruido hizo volver á entrambos la cabeza.

Luisa apareció en la puerta de la cabaña.

—Señorita Luisa,—esclamó la anciana al ver que esta no pasaba de la puerta,—¡es mi hijo!.... mi pobre Juan que acaba de llegar.

Juan procurando ocultar su emocion, fijó su penetrante mirada en la jóven.

—Mi buena Catalina,—dijo por fin Luisa

acercándose á la anciana;—me parece que vuestra dicha no es completa: ¿habré venido yo tal vez á interrumpirla?

—¿Usted, Señorita?

—¡Los ángeles engrandecen y alegran siempre todo cuanto les rodea!—añadió Juan descubriéndose respetuosamente.

Luisa saludó á Juan con una celestial sonrisa.

—Hace tiempo—continuó este—que mi buena madre hubiera muerto en la miseria si su noble corazón no la hubiera tendido una mano generosa: ¡oh!.... crea Vd. que mi reconocimiento será eterno.

—Su madre de Vd. es acreedora á toda clase de sacrificios.

—¡Señorita Luisa!....—esclamó enternecida la anciana.

—¡Llora Vd.?

—La dicha muchas veces.....

—Es verdad.

—Juan..... hijo mio..... añadió Catalina con impaciencia, tiempo tendremos de demostrar á esta Señorita la gratitud que encierran nuestros corazones; ahora..... no olvides que esa pobre criatura reclama tu apoyo..... que tal vez ese niño.....

—¿Un niño?.... preguntó Luisa vivamente.

Juan cambió con su madre una mirada de inteligencia y se dirigió hácia la puerta de la cabaña.

—Un momento;—añadió Luisa deteniéndole;—han hablado Vds. de una criatura, y no sé por qué me dice el corazón que no debo ocultar el extraño incidente que tuvo lugar ayer en nuestra casa.

—¡Un incidente!

—Hable Vd., Señorita.

—Ayer tarde me encontraba yo en el jardín, recogiendo algunas flores, cuando un débil gemido de un tierno niño llegó cariñosamente á mis oídos: me dirigí á la ventana, y en la escalinata de piedra que está delante de la puerta encontramos Julian y yo á un hermoso niño envuelto dentro de un canastillo de mimbres.

—¡Dios mio!....—esclamó Juan mirando

con asombro á su madre;—y ese niño... ¿respiraba aun?

—Sí.

—¡Abandonado!.... tal vez tuvo miedo..... ¡como yo!.... ¡oh!....

—No comprendo.....

—Dispénsame Vd. Señorita; la ciudad dista poco y mi presencia en Granada es hoy tan necesaria como la de Vd. al lado de esa tierna criatura.

Y sin pronunciar mas palabra salió precipitadamente de la cabaña.

III.

LA VELADA.

Cuando Luisa llegó á su modesta casita de campo ya había anochecido.

Gertrudis que había ido á buscarla á la cabaña había subido también con ella.

Un momento después cerraba Julian la pesada puerta que daba al campo, pues toda la familia se hallaba ya reunida dentro de la casa.

La noche era tranquila y apacible.

Gertrudis y Julian conversaban familiarmente sobre la extraña aparición del niño, en la antesala que daba paso al gabinete de la Señora anciana, que ocupada en domésticos quehaceres estaba sentada delante de una mesa, alumbrada por los tibios reflejos de un antiguo quinqué.

Luisa ocupaba igualmente su asiento al lado de la mesa.

Cerca de esta aparecía también la humilde cuna de mimbres, donde dormitaba tranquilamente el hermoso niño que, en su cruel abandono había encontrado los dulces cuidados de una nueva familia tan caritativa como cariñosa.

Lulú, la pintada cabrita, no había bajado con su ama á la cabaña como todos los días: su puesto era ya otro. Luisa con ese dulce lenguaje que hace sonreír á las flores y obedecer á los animales había indicado á su fiel compañera que no abandonase al inocente niño, objeto ya de todos los cuidados.

Apenas vió Luisa á la anciana Señora que le servia de madre, la refirió cuanto habia pasado en la cabaña con el hijo de Catalina.

Su asombro crecia gradualmente, segun adelantaba Luisa la conversacion.

—¿Y dices que ha partido á la ciudad?— preguntó aquella con viva curiosidad.

—Si Señora.

—Hija mia,—añadió la anciana despues de algunos momentos de silencio;—no sé por qué una voz secreta me dice que la aparicion de ese niño y la oscura revelacion de ese hombre está intimamente relacionada con una antigua historia de la que solo conozco desgraciadamente algunos detalles.

—Y no podria yo saber...

—Tú... ¡hija mia! —añadió la anciana, procurando ocultar una lágrima con maternal cariño.

—¡Ah... comprendo!.... exclamó Luisa sollozando; tal vez esa historia envuelva un triste recuerdo sobre mi oscura existencia.

—No pienses en eso, hija mia.

—Jamás me hubiera atrevido á abrir mis labios para preguntaros lo que hace tiempo entristece mi alma; pero hoy que creo haber demostrado con filial cariño, que mi felicidad no puede existir lejos de Vd., hoy que mi agradecimiento ha echado hondas raices, hoy que por un extraño incidente hemos despertado ese triste recuerdo; hoy..... quisiera preguntar á mi buena protectora si algun dia conoció á los queridos seres á quien debo mi existencia.

—¡Luisa!

—Perdóneme Vd. si he podido herir su sen-

sible corazon con esta pregunta;—añadió Luisa echándose en sus brazos.

—¿No sabes, hija mia, que tus labios no pueden pronunciar ni una sola palabra que pueda lastimar mi acendrado cariño?

—Por eso me he atrevido á despertar hoy en mi imaginacion esa triste idea. Hasta hace poco tiempo no he pensado jamás en otra cosa que en escuchar sus dulces consejos, en aprovechar la esmerada educacion que me ha dado Vd., dirigiendo mi corazon en mis infantiles años, en rodear mi niñez con los juguetes de la infancia, con la belleza de las flores y con

las tiernas caricias del ser á quien debo todo... todo menos el primer suspiro de mi existencia.

—Tienes razon, Luisa; tu edad reclama hoy una revelacion grata ó funesta; pero esa revelacion..... ese secreto que rodea tu cuna...

—¡Oh!..... ¡por piedad!

—¡Luisa!

—¡Una palabra mas!

—Lo ignoro, hija mia.

—¡Ah!

Un religioso silencio sucedió á esta última palabra.

El reloj marcaba ya las nueve de la noche.

Un golpe seco resonó en la puerta exterior de la casa.

Algunos instantes despues apareció Julian pálido y desencajado, por el ciego temor que embargaba sus sentidos.

—Señora..... Señora.....

—¿Qué hay?.... ¿quién llama á estas horas?....

—Un hombre envuelto en un capa muy lar-



La velada.

ga..... dice que si no abro va á echar la puerta abajo y..... y yo creo que es un fantasma..... un.....

Otro segundo golpe, mas fuerte aun que el primero, resonó en la habitacion.

Luisa, que desde que entró Julian solo escuchaba entre sus reprimidos sollozos la pena que nacia del fondo de su alma, levantó la cabeza, enjugó sus lágrimas, y dirigiéndose hacia la puerta, dijo con voz fuerte y serena.

—Será *algun desgraciado* que necesitará nuestro amparo.

Y se dirigió con paso firme hacia la escalera, seguida del pobre Julian que temblaba de pies á cabeza.

(Se continuará.)

P. Moreno GIL.

LA FLAUTA MARAVILLOSA.

APÓLOGO.

Pocos libros hay tan útiles como las crónicas antiguas, cualquiera que sea el asunto de que traten.

Antiguamente no se escribía un libro sin el laudable objeto de *decir algo*; de encerrar en él una verdad, dar un consejo, destruir un error ó consignar un descubrimiento.

Así como las casas y las tierras en cultivo eran apreciadas por la renta que daban á sus dueños, así los libros se estimaban por las saludables máximas que contenían. Estas eran el producto porque se justipreciaban aquellas.

El siglo XIX no había enseñado aun que el arte de escribir libros podía ser una profesion, y que era dable hacer libros llenos de palabras, los que sin la combinacion de ellas encerrasen ninguna utilidad para el lector.

Por esta razon soy yo grandemente partidario de los libros añejos y me acerco á ellos donde quiera que los veo, sin que me inspiren temor la espesa capa de polvo que los cubre, ni el color amarillento de las hojas, ni el olor de humedad que suelen exhalar.

Y como la gratitud es una virtud que no rechazan ni aun las cosas inanimadas, jamás he abierto uno de esos libros sin sacar de ellos alguna utilidad verdadera.

Por esta razon me ha ocurrido á mí muchas veces el comparar á los padres, en relacion á sus hijos, con los libros viejos.

Siempre la frase lenta, cariñosa y benévola del padre, cayendo una á una de sus bondadosos lábios con la majestad que le presta sus canas, lleva un gran caudal de calma, de inteligencia y de reflexion á la acalorada mente del hijo.

El hijo que ponga en duda esta gran verdad, será porque no haya adquirido la santa costumbre de ver en el autor de sus dias, aquella autoridad que se apoya en la naturaleza y en la religion, en la esperiencia y la ternura.

Quien dude de esta verdad, en suma, será un mal hijo y no podrá aspirar á ser un buen padre.

Decía, pues, que amo entrañablemente los libros viejos y dejo espuestas algunas de las razones que tengo que sentirlo así.

Ultimamente he tropezado con uno de ellos, perfectamente desconocido para mí.

¿Qué libro es ese? No puedo decíroslo.

El irrespetuoso diente de los ratones, y acaso la voráz polilla en combinacion con la humedad, habían destruido sus primeras hojas.

¡Efectos lamentables de la ingratitud!....

Un libro lleno de laudables máximas, dejado en tal abandono, que dentro de pocos dias habrá dejado de existir!....

Hé aquí una de las muchas cosas que entre sus carcomidos fólíos hallé.

En tiempos antiguos, muy antiguos; tanto, que el corazon del hombre estaba virgen de una mitad de los vicios que hoy lo agitan, veíase, no se donde, una estensísima llanura, perfectamente cultivada. Todos los productos vegetales del mundo estaban allí representados: Europa, Asia, Africa y América, cedieron el privilegio de sus frutos á aquella feráz y riquísima comarca.

Dicha llanura estaba limitada al Norte por un ancho y caudaloso rio, cuyas apacibles y

crystalinas aguas bajaban mansamente en demanda del Océano; ese inmenso receptáculo que la Providencia ha concedido á todos los manantiales que fecundizan la tierra.

Sobre la orilla derecha de ese rio, y usurpando una leve parte de su estension á la feracísima llanura, se alzaba una populosa ciudad, blanca como el armiño, compuesta de anchas y rectas calles.

Las espaciosas casas estaban llenas de moradores, hombres dados á la agricultura, como origen esclusivo del bienestar y de la opulencia de que gozaban.

En aquella ciudad, cuyo nombre no menciona la crónica, á guisa de castigo, sin duda, no se conocian los mendigos: todos trabajaban, y como nada hay mas fecundo que el trabajo prudentemente invertido, todos participaban de la ámplia cosecha de aquellos terrenos.

La prosperidad adquirida por sanos medios, es un gran elemento de felicidad; así pues, todos los moradores de aquella ciudad vivian felices; tanto mas cuanto que ningun feo delito agitaba sus conciencias.

A pesar de esto, como nada de cuanto en la tierra existe puede alcanzar la extrema perfeccion, pues lo contrario seria usurpar sus fueros á la Providencia, parece que hubieron de cometer un crimen; un gran crimen, que tampoco sé en qué consistió.

Lo cierto es, que la consumacion de ese crimen les valió un gran castigo.

¡Una plaga de animales roedores que devoraron las cosechas!

Antes de pasar adelante, debo hacer una aclaracion.

He hablado con grande elogio de los libros antiguos por las bellas cosas que contienen; pero sépase que entre ellas suelen encontrarse algunas que nó elogio, sino censura, y muy acre, merecen.

La crónica á que me refiero habla del gran crimen cometido por los moradores de la ciudad; pero no relata cuál fuera aquel. Debemos creer que el autor del libro lo ignoraba.

Supongamos que el tal autor se encontró

con la noticia de la plaga de animales roedores, y que teniendo presente la inagotable bondad de la Providencia, se dijo: «¡Esto no puede ser mas que un castigo!» «¡Luego, debieron cometer una gran falta!»

¡Sábio modo de discurrir, sin duda!.... Pero, me he dicho yo cuando hube leído todo el suceso: ¿No pudo ser *una prueba* en vez de *un castigo*, la aparicion de aquella plaga?....»

El lector vá á juzgar quién tiene más razon: si el autor de la crónica ó el de estas líneas.

La pérdida de las cosechas causó gran consternacion; pero como eran muchos los años de abundancia que iban pasados, el mal no fué grande.

Todos encontraron en sus almacenes repuesto bastante para esperar, sin someterse á privaciones, las siguientes cosechas.

Pero ¡cosa extraña!.... cuando la dorada espiga llamaba la hoz del segador, y cuando la sazónada uva decia que era llegada la hora de la vendimia, aparecieron de nuevo los animales roedores, y las cosechas desaparecieron miserablemente.

El tercer año se repitió esta calamidad, y los buques que periódicamente acudian á recoger el sobrante de los productos de aquella feraz comarca para llevarlos á otras casi estériles y necesitadas, huyeron del puerto para nunca mas volver.

Las aguas del rio pasaban murmurando tristemente de aquel abandono.

Con la abundancia reinaba la alegría; con la escasez llegó la tristeza. Luego apareció la miseria con su séquito de robos y asesinatos.

Los labradores, sin embargo, acudian á sus faenas; labraban las tierras; el sudor de sus tostadas frentes humedecía cada uno de los surcos que iban abriendo: luego brotaban las espigas, el campo se cubría de una verde y aterciopelada alfombra, retoñaban los árboles y flores y frutos encantaban el olfato y la mirada.

Pero la plaga de animales roedores aparecia invariablemente, como salida de las entrañas de la tierra, y el desaliento y la miseria se aumentaban entre los moradores de la ciudad.

El hambre causó muchas, muchas víctimas; y entonces, reunidos en el muelle, acordaron los moradores abandonar la ciudad maldita.

Tomada esta determinación, iban á dirigirse á sus casas para hacer los preparativos necesarios, cuando con gran sorpresa de todos vieron llegar á un anciano de elevada estatura, luengas canas, bondadoso semblante y ropas talaras.

Nadie le conocía.

Pero lo particular del caso consistía, en que el anciano llegaba á la ciudad, cruzando el río y marchando por encima de las aguas con idéntica seguridad que si pisara sobre el duro pavimento del muelle.

El viejo hizo un ademán indicando que iba á hablar y que quería ser oído.

Todos callaron.

—Sé, dijo con acento dulce y vibrante que llegó á los oídos de toda aquella muchedumbre de mendigos, la causa que os obliga á abandonar vuestros lares; y os traigo el remedio del mal que os aflige.

—¡Hablad! ¡Hablad! gritaron todos.

—Yo os libraré para siempre de esa plaga que os ha arruinado, pero en cambio habreis de darme.....

—¡Cuánto queráis! gritaron todos rodeándole con el mayor júbilo.

—¡La mitad de nuestras cosechas será vuestra! dijeron unos.

—¡Las tres cuartas partes! dijeron otros.

—¡Tomaremos lo indispensable para vivir, y vos dispondreis de lo demás! gritó la mayor parte.

Cuando se hubo restablecido el silencio, volvió á oírse la voz dulce y cariñosa del anciano venerable.

—¡No! dijo. Solo quiero que cada uno de vosotros lleve á mi morada, pues vengo á establecerme entre vosotros, un grano de trigo ó de cebada de su cosecha.

—¡Eso es poco! Eso es poco!

—¡No quiero mas!

—¡Sereis obedecido! gritaron llenos de admiración; mas destruid esa plaga que nos devora.

El anciano se arrodilló y oró, como si tratara de decir al pueblo:

—«¡ Todo beneficio viene de Dios!»

El pueblo imitó maquinalmente al anciano de luengas y blancas barbas.

Cinco minutos despues se levantó este y dijo:

—Quedaos todos aquí, pero abridme ancho paso.

Obedecieron, pues, y el anciano se dirigió desde el muelle á la puerta de la ciudad que daba salida al campo.

Cuando hubo llegado á dicha puerta, se detuvo y añadió:

—No os movais, esperadme del mismo modo que estais ahora.

Y desapareció.

El pueblo, que llenaba las aceras de la ancha calle, obedeció ciegamente y esperó.

¿Qué iba á suceder?....

Una hora despues oyeron los melodiosos sonidos de una flauta: solo que sus notas eran tan dulces al par que penetrantes, que flotaban en el aire como una caricia, y llevaban la tranquilidad á todos los corazones.

Aquella música se aproximaba lentamente...

¿Quién es el maravilloso tocador de flauta? se preguntaron todos....

De pronto apareció por donde habia salido el anciano misterioso.

(Se continuará.)

Felipe CARRASCO de MOLINA.

EPISODIOS DE LA HISTORIA DE ESPAÑA.

ASTURIAS.

Esta provincia de España confina al N. con el mar cantábrico; al E. con las montañas de Santander; al S. con el reino de Leon, y al O. con Galicia.

El clima en general es lluvioso y bastante frio, aunque algo mas templado en la costa. Su terreno es muy quebrado y poblado de bosques, que abundan en madera de construcción, plantas medicinales, caza y pastos, con que se

mantiene mucho ganado, que es uno de los ramos de comercio de aquel Principado.

Produce pocos granos, pero si castañas, avellanas y manzanas, de las que hacen mucha c dra.

Sus costas abundan de pesca.

Tiene minas de carbon de piedra, de antimonio y de otros minerales.

Su capital, Oviedo, es muy antigua: en su convento de Benedictinos escribió sus obras, y murió el célebre Feijoo, honor de la literatura española.

El principado de Asturias es célebre en la historia. Sus habitantes fueron los últimos en doblar el cuello al yugo romano.

En sus escarpadas rocas fué donde se conservó durante la invasion sarracena el nombre español, y de los que capitaneados por el valiente Pelayo, descendieron aquellos esforzados españoles que hicieron repasar á los moros el estrecho Gaditano.

El título de *príncipe de Asturias*, que tiene el hijo primogénito del rey de España, fué acordado en las Cortes celebradas por el rey Juan I en la villa de Bribiesca el año 1388, y el primero que le tomó fué su hijo Enrique III.

ARTE DE BORDAR.

VIII.

Al tambor ó aguja, por otro nombre de cadeneta.

Como este género de bordado ha tomado su nombre de los utensilios con que se ejecuta, nos vemos en la precision de describirlos, pero conformándonos con las mudanzas que el tiempo ha introducido en el primero; por cuyas mudanzas no hablaremos del tambor ó bastidor redondo, puesto que le han sustituido al presente los bastidores cuadrados ó cuadrilongos. La aguja de bordar no ha sufrido variedad alguna.

La *aguja de bordar* es una aguja que tiene

una de sus estremidades cuadrada ó aplanada, y que termina en la opuesta por un ganchito destinado á enganchar la seda ó algodón con que se borda. Se la introduce ó fija en un palillero de marfil ó de oro, de modo que se pueda sacar y meter, y mudar otra cuando se quiera. A este fin el manguito ó palillero de marfil, de unas cuatro ó cinco pulgadas de largo, está longitudinalmente y en direccion seguida de su eje, taladrado con un agujero, en el que entra libremente la parte cuadrada de la aguja, la cual penetra en él profundamente, indicando la parte no pulimentada de la aguja hasta qué punto puede introducirse. Otro agujerito colocado lateralmente, cruzando al primero, á la mitad de la longitud del cual corresponde este, sirve para contener una llavecita ó tornillo cuya punta interior penetra en el agujero longitudinal; y la exterior está guarnecida de un boton con el que se da vueltas al tornillo para sacarle ó meterle mas ó menos, segun se quiera. Es muy fácil de comprender el uso de este tornillo, pues cuando la estremidad superior cuadrada de la aguja está introducida en el agujero de suerte que el ganchillo esté fuera, entonces se aprieta el tornillo para que entre mas y asegure la aguja, comprimiéndola contra la pared interior del agujero longitudinal, y cuando se quiera sacar la aguja, se da vueltas á la llavecita en sentido *opuesto*.

La parte superior del palillero de marfil está hueca en forma de estuche, y sirve de alfiletero para guardar las agujas de repuesto, cuyo alfiletero se cierra con su tapa de tornillo ó de rosca. Esta misma tapa tiene en la parte superior otra rosca, en la cual se mete una *piececita cónica* tambien hueca que forma aun otra tapita, la cual se coloca allí para que no se estravíe ó estorbe en otro lado; pero ya se conoce que su destino verdadero no es en aquel sitio, sino en otro, donde hace mas al caso. Este es en la parte inferior del palillero por donde se introduce la aguja; en dicha estremidad hay otra rosca, y aquí es donde se adapta la tapita de que hablamos, luego que se ha dejado el trabajo, para que la parte de la aguja

que sale fuera del palillero quede dentro de esta tapita y la preserve de algun golpe, impida que rasgue la tela, etc., etc.

El *bastidor* se compone de cinco partes, que se arman y desarman segun se quiere. Estos son el pié ó piés del bastidor, ó sean banquillos; las dos *barretas* de roble, que tienen bastantes agujeros para meter en ellos clavijas, y sirven de traviesas á las varas ó palos mas largos del bastidor, que se llaman *banzos*, á los cuales se clava una tira de tela muy gruesa, á que se da el nombre de *propienda*.

Esta se clava en la madera por sus dos orillas reunidas, debiendo quedar de dos ó tres pulgadas de ancho. Las *barretas* deben pasar por una especie de tableta redondeada por las estremidades, y se introducen en la *mortaja* ó caja hecha en los banzos ó varas; la tablita se asegura en el pié ó banquillo del bastidor por medio de una clavija de tornillo, á fin de que se la pueda dar la inclinacion que se quiera. Fijada de este modo la tablita en medio de las dichas cajas ó *muecas*, se pasan las estremidades de las *barretas* por las cajas hechas en los banzos, y se mete una clavija en el agujero de la *barreta* que se halla mas próximo ó arrimado á dichos banzos, segun hay que adelantar mas ó menos la clavija despues de acomodada y estirada la tela. Pero cuando aun no está tendida ni cosida, y solo se meten las *barretas* ó listones en los banzos para coserla, entonces se aproximan dichos banzos mas entre sí, para coserla con mas comodidad á las tiras llamadas *propiendas*. Dispuesto así el *bastidor*, se pasa á preparar la tela, y si lo permite, se almidona. Cuando tiene picos ó cualquiera otra figura por la cual entre mas en unas partes que en otras, ó está cortada al sesgo, se suple con pedazos de tela ó de red, porque debe presentar una haz seguida y continuada. Lo comun es dejar la tela entre sus dos orillas, y á lo largo de estas (que de ordinario corresponden á las *barretas*) se cose una cinta ancha de hilo, agujereada de trecho en trecho, y se da á esto el nombre de *galonear*. Tambien se ha suplido al galon haciendo un enrejado ó *bastas*, esto es, unas puntadas largas

y anudadas con bramante delgado ó hilo de cartas, á lo largo de las orillas ó del pedazo que las sustituye y que corresponde hácia las *barretas*. Esta última operacion exige que la tela sea bastante tupida y fuerte, pues de lo contrario se iria tras de la puntada del bramante al pasar los cordones por los lacitos que forman estas puntadas de enrejado ó *bastas*, y al sacarlos ó tirar de ellos. Este método es mas cómodo cuando las *barretas* están guardadas ú orilladas, como sucede algunas veces, de ganchitos de hierro que reciben los lacitos de bramante; pero es menester que la tela se cosa todo á lo largo del bastidor, á fin de que los lacitos del bastado se aproximen á los ganchos para que puedan estos asirlos. Sin embargo, es mas comun servirse del galon agujereado, por cuyos agujeros se pasan cordones que se estiran lo que se quiere.

BEAU TRAIT DE GÉNÉROSITÉ.

Thomson, l'auteur du poëme de Saisons, ne jouit pas tout de suite d'une fortune égale à son mérite et à sa reputation. Dans le tems même où ses ouvrages avaient la plus grande vogue, il était réduit aux extrémités les plus désagréables. Il avait été forcé de faire beaucoup de dettes: un de ses créanciers, immédiatement après la publication de son poëme des Saisons, le fit arrêter, dans l'espérance d'être bientôt payé par le libraire. M. Quin, comédien, apprit le malheur de Thomson: il ne le connaissait que par son poëme, et ne se bornant pas à le plaindre, comme une infinité de gens riches et en état de le secourir, il se rendit chez le bailli où Thomson avait été conduit. Il obtint facilement la permission de le voir. « Monsieur, » lui dit-il, « je ne crois pas avoir l'honneur d'être connu de vous, me mon nom est Quin. » Le poëte lui répondit que, quoiqu'il ne le connût pas personnellement, son nom et son mérite ne lui étaient pas étrangers. Quin le pria de lui permettre de souper avec et lui de ne pas trouver mauvais qu'il eût fait apprêter quel-

ques plats. Le repas fut gai. Lorsque le dessert fut arrivé: «Parlons d'affaires à présent,» lui dit Quin, «en voici le moment. Vous êtes mon créancier, monsieur Thomson; je vous dois cent livres sterling et je viens vous le payer!» Thomson prit un air grave et se plaignit de ce qu'od abussait de son infortune por venit l'insulter. «Sur mon honneur,» reprit le comédien, «ce n'est pas mon intention; voilà un billet de banque qui prouvera ma sincérité. A l'égard de la dette que j'acquitte, voici comment elle a été contractée; j'ai lu l'autre jour votre poème des Saisons; le plaisir qu'il m'a fait méritait ma reconnaissance: il m'est venu dans l'idée que puisque j'avais quelques biens

dans le monde, je devais faire mon testament, et laisser de petits legs à ceux à qui j'avais des obligations. En conséquence, j'ai légué cent livres à l'auteur du poème de Saisons. Ce matin j'ai ouï dire que vous étiez dans cette maison, et j'ai imaginé que je pouvais aussi bien me donner le plaisir de vous payer mon legs pendant qu'il vous serait utile, que de laisser ce soin à mon exécuteur testamentaire, qui n'aurait peut-être l'occasion de s'en acquitter que lorsque vous n'en auriez plus besoin.»

Un présent fait de cette manière et dans une pareille circonstance, ne pouvait manquer d'être accepté, et il le fut avec beaucoup de reconnaissance.



La gallina ciega.

LA GALLINA CIEGA.

Varios niños un día,
Como su edad traviesos,
A la gallina ciega
Jugaban muy contentos.
Nueve años tiene Flora,
Y catorce Guillermo,
Doce la linda Adela,
Ocho ha cumplido Diego,
Y siete cuenta Carlos,
Que es el mas pequeñuelo.
Asidos de las manos
Forman corro y el centro,

Bien vendados los ojos
Con un fino pañuelo,
Lo ocupa el mayorcito
Por ley de buen gobierno,
Que le tocó la china
Al comenzar el juego.
Armado de una caña,
Como un rey de su cetro,
—Ande la rueda—dice
Con ademan resuelto.
Apenas dan dos vueltas
Y á sus pasos atento,
—Pare la rueda—grita
Con imperioso ceño,
Y la caña inclinando

Hacia el lado derecho
 La toma al punto Flora
 Por el contrario extremo,
 La risa á duras penas
 Trémula conteniendo.
 —Miii—pregunta el tapado,
 —Miii—le responden quedo,
 Y esta farsa gatuna
 Tres veces repitiendo,
 —Es Adelita—esclama,
 Y le contestan ellos:
 —Ande otra vez la rueda
 Que no acertaste, nécio.—
 Y para mas chasquearle
 La rueda deshaciendo
 Cada cual por su lado
 Campa por su respeto.
 Él lo conoce y dice:
 —Muy bien—así os quiero,
 Mas pronto he de atraparos
 Ahora que correis sueltos.
 Despues de un largo rato
 De sustos y tropiezos,
 En que ágiles se escapan
 Cuando es mayor el riesgo,
 Coge á Adela y la nombra
 Quitándose el pañuelo.
 Amoscada la niña
 Dice airada—no juego—
 Que estabas mal tapado
 Y acertaste por eso:
 Por eso me seguías
 Por todo el aposento.
 —Escucha mi sistema
 Le replica Guillermo.—
 Privado de la vista
 Puede muy bien un ciego
 De los otros sentidos
 Servirse con acierto.
 Si mi *olfato* percibe
 El aroma ligero
 Con que Flóra perfuma
 Sus dorados cabellos,
 Que está cerca la niña
 Ninguna duda tengo.
 Cuando á un muchacho cojo
 Y se me escurre artero

Dejándome en la mano
 Un diminuto objeto,
 A mis lábios lo aplico,
 Por si es chasco lo pruebo,
 Y el *gusto* me demuestra
 Que apresé un caramelo.
 —De quién será?—Ya caigo,
 El mas goloso es Diego.
 Si al pegarme en la espalda
 A otro muchacho pesco,
 Tócole bien, le palpo;
 Por su rizado pelo
 Me manifiesta el *tacto*
 Que es Carlitos el preso;
 Y como por tan chico
 Fuera escaso trofeo,
 Despues de asegurarme
 Que se escape le dejo.
 El crujir de la seda
 De tu vestido nuevo,
 Dice á mi *oído*, Adela,
 Donde encontrarte puedo:
 Y con tanta fortuna
 Se logró mi deseo,
 Que al estender los brazos
 Presa te tuve en ellos:
 Dije tu caro nombre,
 Y al descubrirme luego
 La *vista* ha confirmado
 Que mi juicio fué cierto.

Un Escolar.

LA VIOLETA.

EN EL ALBUM DE LA APRECIABLE SEÑORITA DOÑA
 DOLORES LOPEZ MATEOS.

Ven á mi seno, ven, violeta mía:
 Tú inspiraste á mi mente la poesía
 Y si abrigo virtud y dulce calma
 Es porque tú lo diste á mi alma.

.

Hay una sencilla flor
 Que se esconde recatada;
 Porque vé que su hermosura
 Ni seduce ni arrebatada.

Y silenciosa y tranquila
Vive humilde y solitaria,
Sin pretensiones, ni orgullo,
Ni afán de lucir sus galas.

Anuncia la primavera
Apenas el hielo acaba,
Cual mensajera del bien,
Cual el iris de bonanza.

Para los seres vulgares
Es esta flor delicada,
Una pobre yerbecilla
Que se dejó sin cuidarla.

Y es que en el mundo que estamos
Hay corazones sin alma,
Que no saben comprender
El valor de joya tanta.

Mas preguntadle á un poeta
Qué flor es la que le agrada
Y os dirá cuál entre todas
Es la flor de su esperanza.

Que es la violeta su encanto,
El sueño que le embriaga,
El aire que le adormece,
Y su inspiración sagrada.

Decidle á un joven artista
Que al bosque por flores vaya
Y vereis que la violeta
Es la que elige entre tantas.

Pues hay en ella un perfume,
Una esencia tan extraña,
Que tiene su origen puro
En el Dios que la creó.

El aliento de una virgen
Cuando á Dios sus votos alza,
No debe ser mas suave
Que esta esencia delicada.

Por eso su tierno amor
Le ofrecen las grandes almas;
Pues en verdad no ha nacido
Para seres que no aman.

Mucho esta flor se parece
A la joven pura y casta,
Que vive con sus virtudes
Siempre humilde y retirada.

Y que unida á la modestia
Como si fuese su hermana,
Jamás hace ostentación
De belleza, ni de gracias.

Que es en verdad oro falso
Aquel que el orgullo empaña
Y acrisolado y brillante
El que la modestia guarda.

Consérvala tú, Dolores;
Porque esta joya preciada,
Es el adorno mas lindo,
La mas riquísima gala.

Y sabe que tus virtudes
Del mundo son envidiadas
Y que Dios desde los cielos
Bendice la virtud santa.

Rogelia LEÓN.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

—La mala fortuna, es la piedra de toque de la amistad.

—La limosna que se dá por orgullo, halaga la vanidad; pero ni Dios ni el pobre la agradecen. La que se dá por compromiso, ni halaga al Supremo, ni sirve al corazón. La que se dá por sentimiento de caridad verdadera, es un lazo de union con el Todopoderoso, una satisfaccion para el alma de indefinible encanto.

—Si piensas en el suicidio alguna vez, procura dormir un rato antes, y al despertar te horrorizarás de tí mismo, arrojando con desprecio tan descabellado propósito.

—Casi tan ciego es el que no puede ver lo que ambiciona su fantasía, como el que realmente carece de vista.

—Por amigo que sea un amigo, no le digas mas que aquello que á tí mismo puedas contarte sin rubor.

—Hacer misterios de lo que nada tiene en sí de particular, es confesarse reo sin causa.

—Los primeros desengaños de la vida hacen verter lágrimas de acerbo desconsuelo.

Los segundos hacen profundas heridas en el corazón.

Los terceros son lecciones únicamente que se curan con el indiferentismo.

—Dudar de cosas divinas, es hacerse el hombre el ser mas desgraciado de la tierra;

porque no encuentra refugio en presencia de las injurias humanas.

—Todas las personas de talento dan excelentes consejos á los demás, que rara vez saben utilizar para sí mismos.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Explicacion.

EL CRÍMEN, LA VENGANZA Y LA JUSTICIA.

Huyendo de la luz del día y de los parajes habitados, busca el criminal, para librarse de la venganza de los hombres y acallar su conciencia, los sitios solitarios y la lobreguez de la noche; pero la luna descubre su atentado y su huida. Como pruebas de su crimen, lleva un puñal en la mano y los despojos del desgraciado que acaba de asesinar; creyéndose perseguido no cesa de correr y huir.

En efecto, dos ángeles se interponen á su paso: la justicia, que con una mano pesa las acciones de los hombres, y castiga con la otra sus faltas; y la venganza que arroja sobre la cabeza del culpable la antorcha luminosa de la acusacion.

ENIGMA HISTÓRICO.

HISTORIA DE PORTUGAL: SIGLO XVI.

Un poeta portugués naufragó al volver de Goa, no llevando á la playa mas riqueza que un poema que salvó agarrado con los dientes, mientras con los brazos libraba el cuerpo de las olas enemigas.

(La explicacion en el próximo número.)

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS,
Turco, 11.